
REFLEXION XII.

El juego estraga la salud.

Que la salud del cuerpo se quebrante por la continuación del juego, se ve luego en los semblantes de los tahures de profesión. Los más de ellos, flacos, chupados y descoloridos, más parecen cadáveres que vivientes, y la primera idea que manda su presencia es la de una salud estragada y consumida. A no ser así, yo tendría sus cuerpos por de bronce, ó de diamante, porque su ejercicio debe arruinar todas las fuerzas de la naturaleza y atraerles las enfermedades y dolencias. La vida desarreglada, la agitación continua de las pasiones y la aflicción de espíritu son otras tantas causas que conspiran á este fin.

¿Cómo podrá conservarse la salud en medio del desorden? Las causas

naturales es fuerza que obren. La vida sedentaria, la uniformidad de postura (las más veces incómoda), las malas comidas tomadas á deshora y sin gusto, tantas noches pasadas en perpetua vigilia y el bochorno continuo de un excesivo calor que originan los hálitos y vapores de diversos cuerpos, inficionando al mismo tiempo el aire que se respira, es preciso perturben el equilibrio de los humores y desconcierten una máquina de tan delicados resortes, como el cuerpo humano. Lo menos que causan, son reumas, catarros, fluxiones, dolores de muelas, corrimientos y constipados; muchas ocasiones: calenturas malignas y tabardillos; otras por arrebatarse el calor á la cabeza, desamparando el estómago, causan crudezas é indigestiones, que engendran el humor melancólico, origen de innumerables enfermedades, ¹ y siempre abrevian insensiblemente los días de la vida, marchitando la flor de la edad

¹ Allen in Sinopsi Medicinal, cap. 3, núm. 402 et 403.

y anticipando las sombras del sepulcro.

La agitación continua de las pasiones, obra aún más que el desarreglo, para desentonar la naturaleza. A todos los afectos del ánimo corresponde en el cuerpo cierto movimiento, ó alteración, que se manifiesta aún en lo exterior, y por el que leemos muchas veces en los semblantes lo que pasa allá dentro del alma. De los gemidos y suspiros inferimos la tristeza y el dolor: del aplaudir con las manos y dar saltos, la alegría: de voltear la cabeza con arrugado ceño á la vista de un objeto, el desagrado que causa: de la dulce risa y estrechos abrazos, el amor: de encenderse el rostro, la ira, ó vergüenza: de la palidez y temblor de miembros, el susto y temor, y así de los demás. El movimiento interior, como que es causa del que aparece afuera, es más activo, alterando principalmente la sangre, los espíritus animales y el corazón. Este se comprime ó dilata según la diversidad de afectos, y aquellos apresu-

ran ó retardan sus cursos, varían sus giros á diferentes partes, y unas veces se atropan al corazón, poniéndose otras en precipitada fuga.

Tan varias mutaciones, originadas de la multitud de afectos que incesantemente alternan en el juego, como queda expuesto en la anterior reflexión, es preciso dañen á la salud. No es necesario consultar la medicina: la razón natural desnuda de sus conocimientos, lo persuade. No es el cuerpo humano más duro que el marfil, y los repetidos movimientos y golpes de una bola en el truco la acaban y consumen. Santo Tomás reflexiona que aun los afectos que se ordenan al bien, y por consiguiente son conformes al apetito, pueden ser nocivos por el exceso, los que ven como objeto al mal por su misma especie, y así concluye: dañan todos los de este género, como el temor y desesperación, y sobre todos la tristeza. ¹

¹ Passiones que important motum appetus cum fuga, vel detractioe quadam, repugnant. Vitalimationi, non solum secundum

Pero prescindamos de la alteración que causan en el cuerpo, correspondiente á cada una de las pasiones, y demos que son conformes á la salud; siempre es innegable, que afligen el ánimo en el juego, lo que basta para que él sea un origen fecundísimo de enfermedades. El espíritu es la parte principal del hombre, y su íntima unión y comercio con el cuerpo hace que redunden á éste sus afecciones, en aquella manera de que es capaz según la distinción de ambas substancias: de suerte que lo que en el alma, como espiritual, es angustia; en el cuerpo es achaque, ó dolencia.

Muchos médicos, sabios (en la dirección de sus enfermos, para sanarlos), han atendido principalmente á refocilar el corazón y alegrar el ánimo. «Galeno (dice el marqués de San «Aubin) refiere que curó muchas enfermedades, calmando la agitación

quantitatem; sed *etiam* secundum speciem motus, et ideo simpliciter nocent, sicut timor, et desperatio, et pre omnibus tristitia. Prima sec. q. 37 á 4.

«del espíritu, y poniéndolo tranquilo. «El asegura que el método de Esculapio, era poner cuanto podía de buen humor á los enfermos, excitarlos á reír, distraer su imaginación de la enfermedad con canciones, músicas y otros géneros de recreaciones, de su gusto. Asclepiades hacía consistir la Medicina en todo lo que era capaz de lisonjear la naturaleza.»¹ Luego por el contrario, ¿no la enfermará lo que la repugna, lo que pone al hombre de mal humor, fatiga su imaginación, perturba su sosiego y agita su espíritu con incesantes angustias y aflicciones? ¿Y no son éstas el fruto que produce el juego, ó como una perenne lluvia que los riega? ¡Jugadores infelices! no cerréis los ojos á un golpe de luz, que os manifiesta el precipicio de caer en la sepultura: retirad luego el pie, que tenéis extendido hacia ella.

¹ Tratado de la opinión, tom. 3, lib. 4, cap. 4.

REFLEXION XIII.

El juego quita el honor.

Siempre se ha reputado por menor pérdida aún la de la vida, que la del honor, y es tan estimado, que él es el que alienta en los peligros, infunde valor en la campaña, sostiene en los trabajos y anima todas las tareas y empresas de los hombres. No es posible para describirlo, recoger los apotegmas que han esparcido los sabios en un campo tan dilatado. Santo Tomás¹ lo define: *Testificación de la excelencia de otros*: palabras que lo explican con la mayor claridad y comprenden cuanto le pertenece. Es, pues, el fundamento del honor la propia excelencia, su requisito, el que ésta se reconozca y aprecie por los demás, y su esencia el testimonio que

¹ Prima secundæ, q. 2 á 2.

dan de este conocimiento y aprecio con las señales y demostraciones que tributan. Y ved aquí lo que quita el juego á sus profesores. Ellos, en primer lugar, pierden el crédito y estimación, no les hacen las demostraciones y reverencias que corresponden á su carácter y empleos, y ellos mismos destruyen su excelencia envileciéndose.

No hay nota que más infame, que la de tahir. Su idea y la del desprecio son inseparables. Aun los que no fondean toda la maldad que encierra este nombre, se horrorizan al oírlo pronunciar, porque en globo y en conjunto la conciben odiosa y detestable. No hay prendas que la contrapesen; pues las más realzadas se enlodan y manchan con ella. Los mismos tahures tienen en poco á los demás, haciéndose cada uno la gracia de no comprenderse en el común, ya porque no juega tanto como otros, ya porque no usa de trampas, ya porque busca principalmente la diversión y ya porque lo precisa á ello su

pobreza. Razones todas fútiles, como cuantas alegan para justificarse, de las que parte quedan ya impugnadas y seguirán impugnándose en adelante.

Mas permitámosles que son legítimas sus disculpas, lo cierto es que el público no las califica de tales y que, sea el que fuere el motivo de cultivar el juego, con justicia ó sin ella, lo mira con desprecio y son infames en su concepto los jugadores. En materias que tocan al crédito y la fama (como que no existen sino en la opinión de los hombres) dañan hasta sus errores: y es menester precaverlos, si se quiere tener aquel cuidado del buen nombre que encarga el Eclesiástico.¹ Sea, pues, error ó sentencia verdadera, el mundo ve mal el juego, lo que basta para que en él se pierda la estimación, y que su mancha no pueda lavarse con agua alguna, ni tenga más remedio que quitarla.

¹ Curam habe de bono nomine, cap. 41, v. 15.

Coopera también para el descrédito lo que los tahures abultan las ganancias y pérdidas de los otros, extendiendo la voz de que perdió quinientos (por ejemplo) el que sólo perdió ciento. Cuando ésto cae en sujeto que maneja caudal ajeno, ó de quien se sabe no tiene tanto que perder, no puede menos que inducir mal concepto de su conducta. El aumento de la ganancia puede dañar, si se atribuye á quien está precisado á algunos gastos, ó pagas que no hace, porque efectivamente no ganó lo que en el caso se echa á la parte de poca gana, ó falta de hombría de bien.

Perdida la reputación es consiguiendo falten también las demostraciones de respeto y cortesía. Los que no son tahures, huyen la compañía y trato de los que lo son, porque no se juzgue piensan como ellos: se avergüenzan de hablarles en público, y se lastiman de que con su vicio ajen sus circunstancias. De los jugadores es sabido cómo tratan en el puesto á la persona más caracterizada. La natu-

raleza exige allí el desprecio y desatención. Porque el respeto que se tributa á un hombre de circunstancias, nace del concepto que se tiene de él, el cual, aunque es obra del entendimiento, depende en mucha parte de las ideas que se forma la fantasía. Nos imaginamos á los hombres grandes, de otra especie, los vemos de otro color, y hasta las miserias de la naturaleza nos parece no tienen lugar en ellos. Semejantes fantasmas se desvanecen con la íntima familiaridad del juego, y con verlos igualados con los demás, de lo que es consiguiente se rebaje el concepto, y por lo mismo el respeto y veneración. Si la mucha comunicación, aunque sea decorosa, origina menosprecio, ¿cómo no lo causará la que degrada, cual es la del juego?

En efecto, el sujeto más distinguido hace allí un papel despreciable. Este no le quita el sombrero, aquel le voltea la espalda, el otro le pasa el brazo por delante del rostro, quien lo empuja y quien le dice una liber-

tad, ó lo desaira y avergüenza. ¿Y qué diré en el caso de que le hayan prestado algún dinero? Si no lo paga prontamente ¡qué dominio adquieren sobre él! ¡qué bochornos los que le hacen sufrir! ¡qué ejecución y groserías en la cobranza! ¿Y que haya quien habiéndolo experimentado, no abandone al punto la profesión?

Pero ¡qué mucho, si cada tahur es el primero que se desprecia á sí mismo! Confesemos que no hay jugador que no se abata y envilezca. Para recibir esta investidura, parece se desnuda de todas sus preeminencias. La calidad, el nacimiento, la dignidad, el puesto, la sabiduría, el poder, todo desaparece, y de todo se olvida quien no se acuerda sino del dinero. Por él se iguala con todos, se humilla á los ínfimos y tolera á los atrevidos. Con razón dijo Alverico¹ que los jugadores son reputados por viles personas, y San Antonio de Florencia: que no hay vicio, que infame ni

¹ Citado por Bobadilla en su Política, lib. 2, cap. 13, núm. 18.

envilezca tanto á los hombres, como el juego.¹ ¿Qué honor puede haber en donde no reina sino la más vil de las pasiones, que es el interés?

Por esta causa, hasta en los concursos en que todos los jugadores son personas de distinción, aunque la buena crianza cercena mucho de aquellas acciones propias de la falta de educación, siempre padece el honor. El juego en cuanto llega á ser excesivo, deja de ser diversión (para la que basta una apuesta moderada), y pasa á interés y codicia. Esta hace que no se atiendan distinciones ni preeminencias, y que ninguno guarde su decoro, ni mucho menos el de los otros. De aquí resulta que se falten mutuamente á la atención debida, se pierdan el respeto y destruyan el honor. ¡Oh, y cómo si conocieran los jugadores todo el valor de tan preciosa joya, bastaría esta reflexión para separarse de su ejercicio!

¹ Part. 2, tít. 1, cap. 23, § 6.

REFLEXION XIV.

El juego pierde el tiempo.

Ninguna de cuantas pérdidas origina el juego, ni todas juntas las que van referidas, son comparables con la del tiempo. La pluma misma se estremece al tocarla, y tropezando en horrores, discurre con languidez, cuando yo la quisiera tan rápida y penetrante que hiriese los corazones. Sólo teñida en esa sangre, de que únicamente pueden formarse lágrimas dignas de tanta pérdida, la expresara con viveza. Pero ¡qué importa, si en este punto hablan los sabios de todas naciones y de todas las edades! De sus dichos unánimes se levanta una voz poderosa, á que nadie puede cerrar los oídos.

Ella nos dice: que el tiempo es el único bien que poseemos y está en

nuestra mano: que es el más precioso de todos: que es el de que tenemos más necesidad: que hemos menester suma vigilancia para disfrutarlo, porque corre rápidamente: que su pérdida es irreparable, porque el día que pasó no retrocede jamás, sucediéndose las horas y momentos, como las olas de un río, en que cada una empuja á la anterior, al mismo paso que es impelida por la subsecuente: y que es brevísimo, comparado con lo que requiere cualquiera profesión; pero mucho más con la eternidad, respecto de la cual es como la sombra que se disipa. Por eso el Apóstol, aun en las cosas necesarias, no quiere que se inviertan sino los instantes precisos, usando con tal prisa de todo lo del mundo, como si no lo usáramos, porque pasa velozmente su figura.¹ De estos principios se deja caer por su propio peso la con-

¹ Qui utuntur hoc Mundo, tanquam non utantur. Preterit enim figura hujus mundi. Epist. 1 ad corint, cap. 7, v. 31.

secuencia forzosa, de que es la mayor de todas la pérdida del tiempo.

Pero ¿por qué se le ha de imputar al juego principalmente? ¿No lo disipan los hombres en otras innumerables ocupaciones vanas y superfluas? Sí efectivamente; pero el juego lo consume sobre todas. En éstas es más por vicio del hombre, que de ellas mismas; en aquel, al contrario, en sí mismo consiste el defecto, aún más que en el hombre, y si éstas lo disipan, aquél puede decirse con verdad que lo devora. Son dignas de desentrañarse estas dos reflexiones, de las que la última no sé cómo pueda meditar-se sin conmovér.

Yo tengo al juego por la ocupación más nociva al tiempo, porque es sin duda la que más embelesa, haciendo se le rindan las otras pasiones. En las demás diversiones, ó, por mejor decir, distracciones del hombre, gasta el tiempo que se había predefinido; pero en el juego consume más del que pensaba y quiere, porque tiene ciertas redes ocultas que lo detienen, sin

poderse desprender, aun cuando lo intenta. ¿En qué otra ocupación se gastan tres, cuatro y más días con sus noches, sin interrumpirla aun para comer, como en el juego? ¿En cuál se estraga más el régimen de las funciones todas de la naturaleza? ¿En qué otras se desatienden tanto, y aun se olvidan las obligaciones más serias y precisas del ministerio de cada uno, cuando más urge su desempeño? ¿Y por cuál se ha visto no ocurrir prontamente el marido á un dolor que le avisan ha dado á su mujer, ó el padre al socorro del peligro de muerte de sus hijos? De las demás diversiones, unas son propias de las mujeres; otras de los hombres; unas de los viejos; otras de los mozos; unas de los plebeyos y los pobres; otras de los nobles y los ricos; unas de los de un genio; otras de los de otro; pero el juego arrebatá á todos el tiempo sin distinción de sexos, ni de edades, ni de nacimientos, ni de facultades, ni de genios.

Aun más: las otras diversiones qui-

tan el tiempo distrayendo; pero no ocupando enteramente al hombre; pues lo dejan desembarazado para discurrir y pensar. ¡Cuántas veces aun en las pecaminosas, como las murmuraciones, conversaciones obscenas, espectáculos, bailes y comedias se hacen reflexiones serias, se siguen largos discursos y se saca instrucción en muchos puntos! En ellas, el hombre se maneja como tal, aunque no se porte como cristiano; pero el juego lo abstrae del todo, embarga sus potencias, en nada piensa, de nada se acuerda, no es capaz de discurso, no es ya hombre, ni aún sensible, pues parece transformado en piedra. «¿Qué «se hace el alma (pregunta un sabio «escritor de nuestros tiempos) cuando sin cesar se da vuelta á una carta? ¿Se creería que el jugador se «materializa, que se encadena, que se «hace un simple animal, que sólo sabe «mover las manos y los ojos?»¹

Y á esto, ¿qué podrá añadirse? Que

¹ Citado en la Carta Pastoral del Illmo. Señor López Gonzalo, fols. 62 y 63.

el juego no sólo disipa, sino que devora el tiempo. Lo devora, no tanto porque consume enteramente el que gasta, ocupando todos sus instantes; sino porque consume también hasta el que no gasta, cercenando mucha parte del futuro. De tal manera abrevia los días de la vida, que el que (según el curso natural) había de vivir veinte años, suele, por causa del juego, vivir solos quince, ó diez. No hablo ahora por las causas naturales de las enfermedades que contraen: tomo de más alto origen esta doctrina y digo: que por disposición divina se suele abreviar la vida de los jugadores.

Consta en la Escritura, que Dios muchas veces disminuye á los pecadores el tiempo, que habían de vivir naturalmente. Así se abrevió la vida de los reyes Baltasar¹ y Sedecias:² de ciento y veinte años, que era la vida del hombre antes del diluvio, se cer-

1 Daniel, cap. 5.
2 Ezech., cap. 21.

cenaron veinte:¹ David afirma que los inicuos no llegarán á la mitad de sus días:² y los expositores dirigen á este sentido, el lugar de San Pablo,³ en que encarga redimir el tiempo, entendiendo por esta expresión, que no demos lugar á que se nos disminuya por nuestras malas obras.

Supuesta esta doctrina, ¿de qué otro vicio, se puede esperar más que del juego, semejante efecto? El Señor castiga con penas proporcionadas á los pecados, como á los reyes ambiciosos, quitándoles, ó dividiéndoles los reinos, y la disminución del tiempo á nada se proporciona tanto como al juego, que es el pecado que más se le opone y consume. Y si no redimen el tiempo los que absolutamente obran mal, por lo que se hacen dignos de privarse de él, ¿cuánto más acreedores serán á este castigo, y

1 Gens., cap. 6.

2 Viri sanguinum, et dolosi non dimidiabunt dies suos. Psalm. 54, v. 23.

3 Epistol. ad Ephesios, cap. 5, v. 16 et ibi. Alapide.

cuánto menos lo redimirán los que obran mal, disipándolo y consumiéndolo? Tales son los jugadores de profesión.

REFLEXION XV.

El juego se opone á la salvación.

La salvación es el objeto que debe ocupar toda la atención; no obstante la fragilidad humana, es un peso, que abate los vuelos del corazón para elevarse sobre la tierra y dirigirse á su verdadera felicidad. La mayor parte de los hombres han ceñido el círculo de sus eficaces conatos y deseos al de sus efectos y pasiones. Empezar separar á éstos del juego, poniéndoles delante la bienaventuranza, es querer que un niño en pos de un sabio libro, pero de aspecto desagradable, abandone la fruta ó los juguetes. Tal consideración excusaba la reflexión presente, á no constarme hay entre los tahures algunas personas de inclinación piadosa, y aun devotas y timoratas por genio, las que no dudo